

Aldo Moro

de dirigentes especial, cerrado, que no interviene ante la desesperación juvenil, "un grupo dirigente que ha fallado en su hipótesis de hegemonía", según sostiene un dirigente comunista. En Padua se envidia a otras ciudades también cargadas de problemas, pero vivas, tanto da Bolonia como Turín. Ante los problemas existe en esas ciudades sensibilidad, se abre un debate duro en ocasiones, interviene el Ayuntamiento; el cuerpo docente deja sentir su peso, se distribuyen encuestas por los barrios... Padua representa, en cambio, el inmovilismo.

¿Reside el problema en que el poder es democristiano de forma monocolor? No, se insiste en Padua. También es democristiana Vicenza, a pesar de ser una de las provincias más industriales. El fascismo echó a los líderes democristianos de las fábricas, y con la liberación volvieron los sindicalistas encuadrados en ese partido, habiendo sabido mantener la hegemonía incluso en el interior del movimiento sindical. Pero en Vicenza hay una fuerte articulación entre el territorio y la situación social, tal vez la inexistencia de una Universidad

preserva en lugar de diluir, como sucede en Padua, sitúa por las Facultades.

¿Por qué fue Padua en 1970 cuna del resurgimiento fascista? La respuesta de una docena de paduanos es imprecisa. Sólo la reacción al cambio, al pánico que creó entre las clases dirigentes, esencialmente inmovilistas en Padua, el gran avance del movimiento obrero y universitario en el 68 y en el 69 podría explicar en parte el fenómeno. El poder quedó paralizado ante aquel avance. Maduraron las reacciones de derecha que tendían a crear el miedo. Fredda, el activista nazi era paduano: mantenido por potentes organizaciones del interior del Estado, sostienen dirigentes de la izquierda véneta pensando en los servicios secretos del general Micelli, el SID o sucedáneo.

En el interior de la incógnita italiana, Padua es su más destacado enigma, capaz, sin embargo, de acunar actualmente un movimiento, el de los "autónomos", que exporta a otras ciudades menos importantes, aunque sólo en la Universidad de Roma la Autonomía haya calado realmente. ■ M. C. V.



Oreste Scalzone, treinta y un años, líder del movimiento estudiantil romano en el 68, uno de los fundadores de Potere Operaio en el 69 y creador, en 1975, de los "Comités comunistas", formación de la "Autonomía Obrera".

SALT II

Un juego peligroso

JOAQUIN RABAGO

CON este segundo SALT, que debe sustituir al firmado en 1972, ocurre como con el horizonte: que parece retroceder conforme uno avanza hacia él. Cuántas veces se ha dado la noticia de que por fin Washington iba a rubricar el documento, que sólo quedaban unos detalles técnicos —cosa de nada—, para, al día siguiente, anunciarse un nuevo aplazamiento.

En algunos casos parecía como si los responsables aprovecharan el mínimo pretexto para demorar la firma. La cual, por otro lado, tanto significa la entrada en vigor de los acuerdos, pues, como se sabe, en Washington debe ratificarse a continuación el Senado. Y esto, con los vientos que allí soplan últimamente, no es, ni mucho menos, moco de pavo. Otras veces, acontecimientos imprevistos en zonas estratégicas se interponían en el camino de la firma. Tal fue el caso del Irán. La caída del régimen prooccidental del Sha hizo que se perdieran los valiosos puestos de escucha que los Estados Unidos habían instalado en aquel país fronterizo con la URSS. ¿Qué mejor justificación podían encontrar los críticos norteamericanos del SALT para rechazar la firma del documento que, según ellos, colocaba a Washington en situación de inferioridad con respecto a la URSS? Perdido el Irán, los Estados Unidos no podían verificar el cumplimiento por Moscú de los acuerdos. Así, según unas declaraciones hechas a puerta cerrada por el director de la CIA, almirante Stanfield Turner, pero que lograron filtrarse a la prensa, los Estados Unidos no podrían recuperarse de la pérdida de las estaciones de control del Irán hasta 1984, como muy pronto.

Hubo, a cambio, eso sí, el ofrecimiento de Pekín de su

propio territorio para espiar a la URSS. Pero no pasaba de ser una propuesta cuando menos extravagante y, en cualquier caso, inaceptable para Washington. En primer lugar, los chinos insistían en ser ellos quienes manipularan el instrumental enviado por los Estados Unidos. A cambio se comprometían a comunicar puntualmente a los norteamericanos todas sus averiguaciones. Pero, ¿podría fiarse Washington de un país que considera a la URSS como su archienemigo y que además no ha firmado todavía el tratado de no proliferación de pruebas nucleares?

En cualquier caso, las afirmaciones del director de la CIA sobre la incapacidad norteamericana para controlar a los soviéticos iban a ser oportunamente desmentidas por el secretario de Defensa, Brown, primero, y luego, por el propio Presidente. Carter aseguró que los Estados Unidos estarían en condiciones de verificar los acuerdos desde el momento mismo de su firma. Aseveración que, a su vez, sería puesta en duda por ciertos sectores del Senado, los cuales exigieron de la Casa Blanca pruebas concretas de que eso era así. Pero dar las pruebas que se pedían equivalía a revelar ciertos secretos militares que no debían llegar a conocimiento de los soviéticos. Como se ve, todo un círculo vicioso.

Un formidable arsenal

Mientras tanto, sin hacer caso de estas y otras parecidas escaramuzas en la escena política de Washington, las delegaciones norteamericana y soviética, encabezadas por Cyrus Vance y el embajador Dobrynin, proseguían pacientemente sus trabajos. Y cuando ya parecía otra vez

todo a punto y se anunciaba por enésima vez en la prensa la firma del SALT II, de nuevo surgieron problemas de última hora.

En las conversaciones se había acordado que el número de cabezas nucleares permitidas por cada misil balístico intercontinental quedaría como hasta la fecha: es decir, que serían cuatro en el caso del SS-17; seis, para el SS-19, y 10, para el SS-18 (todos ellos soviéticos). Por parte norteamericana, el tope sería de 14 en el caso de los misiles Poseidón. (Los 31 submarinos de la flota atómica estadounidense llevan a bordo, cada uno, 16 misiles de cabeza múltiple.) Sin embargo, los norteamericanos descubrieron que la parte contraria estaba construyendo un nuevo SS-18 con capacidad para 12 cabezas nucleares e insistieron en que el tratado debería prohibir expresamente a los soviéticos sobrepasar el tope de 10 ojivas atómicas.

Por su parte, Moscú manifestaba también en el último momento que no podía distinguir claramente entre los silos destinados a los 450 Minuteman II (portadores de una sola cabeza atómica) y los utilizados por los 550 Minuteman III (equipados con cabeza múltiple). La distinción es, en efecto, importante porque el tratado fija para cada parte un techo de 820 misiles de cabeza múltiple (MIRV) y con base en tierra.

Para apreciar —dicho sea de paso— la formidable capacidad destructora de este arsenal, bastará tener en cuenta que cada una de las cabezas nucleares de los misiles Poseidón equivale en potencia al doble de la bomba que arrasó Hiroshima el 6 de agosto de 1945. Y que entre los 70 submarinos atómicos, los 376 bombarderos y los 1.054 misiles en tierra, suman un total de 9.200 cabezas atómicas.

Pero el SALT II deja además abierta la posibilidad de desarrollo de nuevos sistemas que eufemísticamente llamaremos "disuasorlos". Así, el proyecto MX de los norteamericanos, que consiste en construir 20 silos por cada misil. Este será trasladado continuamente y al azar



Submarino atómico norteamericano, en cuyos depósitos, que vemos abiertos en la fotografía, van instalados dieciséis misiles Poseidón de cabeza múltiple.

de un silo a otro de forma que el enemigo, al no saber cuál está ocupado y cuál no, tendrá que disparar contra todos ellos si es que quiere dar en el blanco. El "juego" se complica aún más si el "defensor" instala un ingenio anti-misil por cada misil: el enemigo se verá obligado a realizar el doble número de disparos para acertar.

Al tiempo, y pese a todas las garantías del SALT II existen posibilidades por parte de cada una de las dos grandes potencias de engañar al adversario echando mano del arsenal de tipo táctico, que queda fuera del tratado. Así, los soviéticos podrían convertir su bombardero "Backfire" de táctico en estratégico, a condición de que repostara en el aire; de ese modo, el "Backfire" podría atacar directamente blancos situados en los Estados Unidos. Los norteamericanos, por su parte, podrían tal vez cargar sus "Jumbos" civiles con misiles de crucero ("cruise missiles"), sin que los equipos de radar soviéticos fueran capaces de detectarlos.

teamericano. Un sector incapaz de hacerse a la idea de que Estados Unidos no puede conservar eternamente la hegemonía de los años cincuenta y primeros sesenta. Y que se empeña en ver la mano turbia de Moscú tras cualquier revuelta que estalla en África o en Asia y pone en peligro, muchas veces sólo temporalmente, los intereses norteamericanos.

Tras la aparente tibieza, en política exterior, característica de la primera etapa de la Administración Carter, los Estados Unidos parecen a punto de superar lo que alguien ha llamado "el síndrome del Vietnam". Prueba de ello es la reciente noticia de que Washington se propone crear un ejército de 100.000 hombres capaz de intervenir inmediatamente en cualquier zona caliente del globo. ¿Vuelve USA a su viejo papel de gendarme mundial o se trata de una simple maniobra de la Casa Blanca destinada a tranquilizar precisamente a esos sectores recalcitrantes del Senado?

¿Debe también interpretarse así el anuncio de un próximo simulacro de ataque nuclear contra la URSS, destinado a probar la capacidad de respuesta norteamericana a un hipotético ataque atómico de los soviéticos? Según el Strategic Air Command, que será quien coordine las operaciones, los bombarderos estratégicos norteamericanos serán dirigidos hacia la URSS sin bombas a bordo, y, en el último momento, justo antes de que sobrevuelen territorio soviético, se les ordenará regresar a sus bases. La fecha de estas maniobras, bautizadas "Global Shield 79", se mantiene en secreto. Aunque se afirma que, con el fin de evitar cualquier malentendido, los soviéticos serán avisados a tiempo.

Un juego peligroso el de los militares del Pentágono. Frente al cual un acuerdo como el SALT resulta sólo mínimamente tranquilizador. Porque, ya lo dijo Brzezinski, consejero de Seguridad Nacional de USA: el nuevo tratado no acabará con la carrera de armamentos, ni siquiera con la de armas estratégicas. Por supuesto que no. ■

Al margen de todas las garantías que se establezcan y de las posibilidades reales de verificación de los acuerdos, siempre será necesario, por ambas partes, un cierto margen de confianza. Confianza que consistirá en creer, por ejemplo, en palabras como las pronunciadas recientemente por el soviético Boris Ponomarev ante un grupo de congresistas norteamericanos que visitaban la URSS: "Hemos alcanzado la paridad de fuerzas estratégicas a costa de un largo y perseverante esfuerzo. No necesitamos ni deseamos tampoco la superioridad militar sobre los Estados Unidos".

Un simulacro de ataque nuclear

Uno de los mayores problemas para la entrada en vigor del nuevo tratado sigue siendo, como apuntábamos al principio, la terca oposición al mismo de un sector influyente del Senado nor-